

de la guerra de la Independencia hombres afectos á secundar su patriótica inspiración.

A medida que iba aumentándose el ejército carlista y que adquiría organización y disciplina, Zumalacárregui que sabía apreciar lo que importa en guerras civiles la fuerza moral que da la opinión, quiso presentar ante la nación y los países extranjeros la apología de la causa en cuyo favor había desenvainado su espada, y por medio de un boletín extraordinario que hizo publicar en los periódicos franceses dió á luz una especie de manifiesto apologético y laudatorio de la conducta de los carlistas, documento de mas intencion que efecto y que no merece el lugar que en su obra le ha dado el apreciable autor de la *Historia de la Guerra civil*, por revelarse en dicho escrito la exageración con que se vierte en incorrecto idioma español un panegírico pensado en francés, de lo que no cabrá duda á los que lean las líneas que sin alteración alguna reproducimos á continuación.

Los que mandaron confeccionar el alegato no se cuidaron ni aun de repasar su versión á nuestro idioma, como lo demuestra la repetición con que se usa de la voz Caserna (en francés Caserne), correspondiente á cuartel ó edificio para la tropa. «Los últimos meses (decía el boletín), estériles en acontecimientos militares por la forzada inacción de las tropas cristinas, han sido fértiles en sucesos que han hecho contrastar mas allá de toda ponderación la conducta de ambos partidos. El general de don Carlos despues de invencibles esfuerzos, llega á organizar (por decirlo así, de la nada) un pequeño tren de artillería, y se dirige contra varias casernas enemigas; contra esos asilos de la tiranía, dentro de los cuales se verifican en el siglo XIX los excesos brutales y las acciones atroces, que sucedidas ó no en los antiguos donjones (1), han hecho odiosa su memoria y la de su siglo. El general carlista se apodera á viva fuerza de Los Arcos; respeta la desgracia de mas de cien heridos; perdona generosamente á la guarnición, da á elegir partido á todos sus prisioneros; unos se incorporan en nuestras filas, otros son conducidos á los hospitales llevándolos en hombros los mismos soldados que acababan de vencerlos y saben que recobrada su salud podrán elegir libremente entre la legitimidad y la usurpación; otros que prefieren la última, marchan escoltados y seguros á las guarniciones mas próximas.

»Estos presentes hoy en las banderas enemigas ofrecen una prueba incontestable de la generosidad de sus adversarios y nosotros tenemos bastante confianza en su honor personal para no recusar su testimonio; digan si hubo capitulación, digan cómo fueron tratados.

»La caserna encerraba una multitud de efectos de propiedad particular que fueron en el acto devueltos á sus legítimos dueños, reservando (2) solo los granos pertenecientes al beneficiado de la población que decidido desde el primer momento por la justa causa, ha querido hacer el sacrificio de su propiedad, como antes había hecho el de su existencia. Así los revolucionarios en la abundancia, y proclamando su respeto á la propiedad, despojan y roban los pueblos. Así el ejército falto aun de los objetos precisos, cubre solo sus necesidades con los efectos pertenecientes al gobierno usurpador ó con los que le ofrece el mas puro patriotismo.»

Basta lo trascrito para justificar el juicio emitido acerca de la rapsodia á la que la benevolencia del apreciable citado autor otorga los honores de manifiesto de la causa carlista.

La primavera de aquel año había sido muy cruda, y era consiguiente que la fatiga y el cansancio impusiesen algún reposo á los beligerantes. Así parecieron comprenderlo los generales de ambos ejércitos, tomando las posiciones que cada uno de ellos encontró mejor acondicionadas para acantonar sus soldados y darles algunos días de descanso. De ellos aprovechó Zumalacárregui para revistar sus batallones, reorganizarlos y formar un regimiento de Guías de los hombres mas aventajados de cada compañía, cuyo mando confió á oficiales elegidos entre los mas sobresalientes.

(1) Donjon en francés, quiere decir prisiones subterráneas de los castillos feudales.

(2) Quiso decir *exceptuando*.

En aquellos mismos días de momentáneo reposo, caminaba procedente de Castilla en dirección del Ebro, el general Aldama con siete batallones de refuerzo. Penetraba en Navarra por Sesma, deseoso de ocultar su movimiento, que no tardó sin embargo en conocer Zumalacárregui, el que reuniendo los batallones que tenía en el Valle de Ega, acudió á cerrar el paso á los recién llegados, tomando al efecto posición en Monte Jurra. No venia Aldama desapercibido y dispuso sus fuerzas de manera que pudo resistir el choque sin desventaja, pero atacado por su flanco por tres batallones navarros que Zumalacárregui tenía en reserva, vióse muy comprometido el general de la Reina y solo evitó un descalabro recibiendo el oportuno auxilio de una brigada de refresco que condujo á tomar parte en el combate el general Rivero, atraído al campo de batalla por haber oído un fuego continuo y vivo desde los cantones que ocupaba. Los carlistas se retiraron aunque no batidos, pues al siguiente día aparecieron en las mismas posiciones de las que habían sido arrojados el día anterior, mostrándose en actitud de reanudar la lucha. Aldama, embarazado con sus heridos que ascendían á trescientos hombres, no creyó prudente aceptar el reto y emprendió la marcha en dirección de Lerín. Bien pudo mirarse la jornada de Monte Jurra como un combate que lo fué de tablas para los liberales, siéndolo de cálculo por parte de Zumalacárregui que siempre salía ganancioso molestando, persiguiendo y no dejando descanso á sus enemigos.

En los primeros días de marzo Eraso, que al frente de sus batallones vizcainos espiaba la ocasión de sorprender á Bilbao, aprovechó la ausencia de Espartero que había salido para Vitoria á reforzar á Mina en sus operaciones de Navarra, presentándose el carlista al frente de cuatro mil hombres ante los muros de la plaza, é interceptando sus comunicaciones con el exterior y en particular el camino de Villaró, de cuyos molinos se surtía la población. A fin de proteger el surtido de un artículo tan de primera necesidad como lo es la harina, habíanse levantado molinos á un cuarto de legua de Bilbao, molinos cuya custodia cuidaba un destacamento de treinta y seis hombres. Atacados estos por los carlistas opusieronles una honrosa pero inútil resistencia, pues apoderóse el enemigo de la posición é hizo inmediatamente pasar por las armas á sus defensores. Corrióse en seguida Eraso en dirección de Orduña repitiendo con un fuerte que protegía la población, lo que acababa de verificar en Villaró. Treinta y siete hombres que guarnecían el fuerte lo evacuaron en la esperanza de salvarse, pero fueron cogidos en su huida y fusilados también en represalias, djóse, de algunos carlistas que lo habían sido pocos días antes por las tropas de la Reina.

Aunque no se atrevió Eraso á atacar á Bilbao, ocupó sus alrededores repitiendo en ellos lo que practicaban los carlistas en el territorio vecino á los puntos fortificados, reducido á dominar el país, sacar reclutas y recursos, tener á los liberales encerrados en los pueblos guarnecidos y matarles gente.

De regreso de Vitoria, encontró Espartero á los carlistas ocupando las alturas de Lancidana, y aunque la posición que ocupaban le pareció fuerte, no vaciló en atacarlos logrando arrojarlos de las alturas que defendían y obligándolos á retirarse, si bien lo hicieron con orden, no obstante de verse perseguidos.

Los refuerzos que con tanta instancia y por tan justificados motivos no cesaba de reclamar el general Mina, y de los que ya había conducido algunos batallones el general Aldama, completáronse en la limitada medida de los insuficientes elementos de que el gobierno disponía, habiéndose confiado un nuevo envío de tropas al entendido general don Luis Fernández de Córdova que se hallaba en Madrid en uso de licencia. Pasado que hubo el Ebro este general y sabedor de que, el punto fortificado de Maestu, que guarnecían quinientos soldados de la Reina, se hallaba bloqueado y en grande apuro, no vaciló y sin tomar otro consejo que el de su propia inspiración, voló al socorro de los sitiados, atravesando por medio de una marcha forzada escarpados desfiladeros. Consiguio su objeto Córdova y logró ahuyentar al enemigo; pero desliziéndose este á sus espaldas y grandemente reforzado encerró á Córdova en barrancos de los que no hubiera podido salir, á no haber

tenido aquel la buena suerte de hacer llegar un oportuno aviso de la apurada situación en que se hallaba, al general Aldama, quien acudió en su auxilio con trece batallones y libró á su compañero del gran peligro que corría. Salido de su aprieto corrióse Córdova á los valles de Arana y las Amezcuas y siguiendo por Santa Cruz, Cabredo y Aguilar, incendió los molinos, graneros y fábricas que en la comarca tenía establecidos el enemigo. No encontrándose este en fuerza para oponerse al desastre, hubo de devorarlo en la esperanza de hallar la ocasión de vengarse.

Ocupado Oraá en el Baztan cuya permanente posesión tanto importaba, concibió un plan que debía en su sentir haber dado por resultado un movimiento envolvente, que derrotase al enemigo, haciéndole perder las posiciones que en el Baztan ocupaba, operación cuyo completo éxito fracasó por no haber llegado á tiempo á los puntos señalados las diferentes columnas que debieron concurrir al movimiento. Mas aunque no vió realizados los resultados de su bien meditado plan, dictó Oraá acertadas disposiciones para la conservación de los puntos que importaba asegurar, proveyendo á la protección de las aduanas que estableció en la frontera, medidas que grandemente contribuyeron á que los vecinos de Valcárcos se comprometiesen en favor de la causa de la Reina.

La salud del general Mina que cada día empeoraba, y que juntamente con los limitados medios que tuvo á su disposición, no le permitían llevar adelante sus planes de guerra y de pacificación, decidieronlo, no obstante el empeño de sus amigos para que conservase el mando, á presentar su dimisión que acabó por aceptar el gobierno cuyas esperanzas cifrábanse entonces en la confianza que le inspiraban los planes que para la extinción de la guerra formaba el ministro del ramo don Jerónimo Valdés.

No fuera equitativo juzgar la capacidad militar y política de Mina, por los resultados de su campaña en las provincias del Norte. Los medios puestos á su disposición fueron evidentemente insuficientes para plantear el sistema que concibió, y no tuvo tiempo de realizar; pero si no logró grandes triunfos, tampoco experimentó derrotas. Se había propuesto hacer la guerra reclutando gente en el país, y organizó algunos cuerpos de voluntarios que no dejaron de ser útiles á sus sucesores. Fortificó la línea del Ebro por Tudela y Logroño al mismo tiempo que la de Tafalla por Puente de la Reina, Viana y Lerín; y aunque no logró la codiciada posesión de todo el Valle del Baztan, consiguió limitar las ventajas que el enemigo sacaba de los puntos de que no pudo alejarlo. Tuvo grande empeño y consiguiólo en parte, en armar los valles y en cortar á Zumalacárregui el libre paso de la Borunda al Baztan, arriñonándolo en las Amezcuas. Protegió á los pueblos del Roncal favorables á la causa de la Reina, al mismo tiempo que se mostró en extremo severo con los habitantes del valle de Salazar, acérrimos partidarios del Pretendiente.

En su sistema gubernativo desplegó Mina prudencia y acierto y mantuvo con las autoridades locales la mejor armonía. Levantó los destierros no siempre impuestos por sus predecesores con motivos suficientemente justificados. Acusado Mina de una severidad llevada hasta la crueldad, no dejó de mostrarse humano, cuando la bondad era conciliable con las necesidades de la guerra, como bien lo demostró su proceder para con la hija de Zumalacárregui y la generosidad de que usó con los prisioneros de Lumbier, que tan villanamente correspondieron á la indulgencia del general. Dejados en libertad de reincorporarse á las filas enemigas, al volver á ellas y hacer armas de nuevo contra sus libertadores, los de Lumbier apostrofaban á estos con gestos insultantes, y lo que es mas odioso, asesinaron á los prisioneros caídos en sus manos.

El mejor elogio que del mando de Mina puede hacerse y que sirve de respuesta á las declamaciones que contra su crueldad proferían por aquel tiempo en el parlamento inglés O'Connell y otros amigos de don Carlos, se halla en la proclama dada por Zumalacárregui en la que decía: «Bravos soldados, felicitemonos. El Dios de las batallas está con nosotros. Jamás su protección se ha manifestado de una manera mas patente que ahora. De débiles que éramos, nos ha convertido en fuertes. El nos ha conducido por su mano de victoria en

victoria; El se ha servido de nuestras armas para abatir el orgullo de Sarsfield, del tráfuga Quesada, de un Rodil coronado de laureles en Portugal: El nos ha presentado por contrario á Mina que era el solo que podía balancear nuestra victoria. Solamente Mina podía detener sobre los bordes del abismo el trono vacilante de la débil criatura que quieren imponernos por Reina. Mina, que á la energía, á la actividad y á su talento militar, reúne una reputación colosal y por cuyas venas corre sangre navarra, acaba de caer.»

El mismo día en que fué aceptada la dimisión de Mina, era nombrado para sucederle el teniente general don Jerónimo Valdés, á cuya disposición fueron puestos todos los elementos de que en hombres y recursos podía disponer el gobierno. Este general había traído del Perú, donde hizo la guerra con crédito, una merecida reputación de probidad y de sencillez de costumbres, reputación engrandecida por sus amigos hasta el extremo de atribuirle una capacidad colosal y de compararlo á los grandes hombres de la antigüedad y de la edad moderna. Reuniéronse para acompañar á Valdés, cuantos refuerzos de tropa pudieron ser distraídos de Castilla y de Aragón, y al frente de aquel nuevo cuerpo de ejército tomó Valdés el camino del Norte. Llegado que fué á Vitoria reconcentró el grueso de sus tropas sobre la línea del Ebro, al mismo tiempo que Oraá se afanaba para acabar de fortificar el Baztan y armar la población adicta.

El 18 de abril recibía Mina en Pamplona la aceptación de su dimisión y entregaba el mando al general Benedicto, que lo desempeñó hasta la llegada de Valdés.

CAPITULO III

Estado de la guerra en el Maestrazgo

Viaje de Cabrera á Navarra para conferenciar con don Carlos.—Resumen Cabrera el mando de las facciones de Aragón.—Prisión y fusilamiento de Carnicer.—Estado de la guerra en las provincias en los primeros meses de 1835.—Cataluña.—Castilla la Nueva y Extremadura.—La Mancha.—Galicia.—Merino en Castilla la Vieja.

Hallábanse las facciones del Bajo Aragón, las de Cataluña, y de la parte alta de la provincia de Valencia, en el estado que ha dado suficientemente á conocer lo que queda expuesta en el precedente libro, estado que como de allí aparece era bastante apurado para los carlistas, á los que salvó de una disolución que parecía mas que probable, la incansable actividad, la fe, y el vigor del hombre á quien su estrella tenía reservado un papel que hallará su lugar en la historia. Cabrera, segundo entonces de Carnicer, había ganado por sus hechos una popularidad entre las facciones que preparaba las vías de su futuro engrandecimiento.

En la cabeza de aquel aspirante á fama y honores, hombre afiliado á una causa cuyo evangelio era el principio autoritario emanado de la personalísima voluntad del monarca, bulla el deseo de acercarse, como Moisés, al Sinaí de la majestad que había de consagrar su misión, por boca del mismo don Carlos; y poniendo por obra su levantado pensamiento, emprendió Cabrera su viaje al Norte.

Solo cuando hubo madurado su plan el futuro conde de Morella, y cuando lo tuvo resuelto, llamó al comandante don Francisco García, á quien dirigió las siguientes palabras: «Mañana se viene usted conmigo á Navarra: es urgente dar cuenta á S. M. del estado de todos sus defensores en Aragón, y rogarle que envíe alguna fuerza para reanimar el abatido espíritu de tantos desgraciados. Si no lo conseguimos, nos alistaremos en aquel ejército de simples voluntarios. Consultarlo con Carnicer, es imposible porque ignoramos su paradero; el asunto no da treguas y en la guerra vale mucho el tiempo.»

Poniendo por obra su meditado plan, emprendió Cabrera su peregrinación el 20 de diciembre acompañado de García, dirigiéndose primero á Alzoza y de allí á Hajar, donde se proveyó de pasaporte, de caballerías y de dinero, y usando desde que se puso en marcha de la cautela tan propia de su carácter suspicaz y receloso, no confió su secreto sino á una mujer llamada María la Albeitarera en cuyas manos se puso y fué la directora de su itinerario. Un carguío de jabón dispuesto en Hajar sirvió de disfraz á la estratagemata.